

# *Apoliticismo y fisiocracia entre las clases medias españolas de comienzos del siglo XX*

Guadalupe GÓMEZ-FERRER MORANT

## 1. LA INFLUENCIA DE LA FILOSOFÍA POSITIVISTA EN ESPAÑA

La recepción social y cultural del positivismo tiene lugar en la Península, prescindiendo de precedentes e influencias aisladas, a partir de 1868 y más concretamente en torno a 1875. Su influencia en el campo de la política afecta tanto a los sectores conservadores como a los democráticos, y así lo ha puesto de relieve Diego Núñez. Los primeros lo utilizan para presentar con bases científicas la idea de «orden» y la «defensa de la sociedad». En lo que respecta a los segundos, amplios sectores democráticos abandonarán las utopías que habían mantenido y se orientarán hacia posturas realistas. El alcance de la inflexión ha sido adecuadamente expuesto por el citado autor, según el cual «el positivismo se va a convertir en la más adecuada racionalización y fundamentación teórica del indudable repliegue y rumbo reformista que toma el liberalismo español tras el naufragio de la revolución septembrina y la aparición del espectro de la Internacional»<sup>1</sup>.

Desde el punto de vista social el triunfo del positivismo corresponde en España —como había sido el caso de Europa— a una época en que la burguesía ya se ha afirmado frente a la vieja sociedad, haciendo irreversible su revolución y poniendo en marcha un nuevo orden que todavía no cuenta con enemigos capaces de desmontarlo. La desfundamentación del krausismo llevada a cabo por el positivismo suprimirá las bases esencialmente éticas en que se apoyaba el ordenamiento

---

<sup>1</sup> D. NÚÑEZ, *La mentalidad positiva en España: desarrollo y crisis*. Madrid, Túcar, 1975, p. 33.

jurídico de aquél, sustituyéndolas por otras más relativistas de carácter práctico y utilitario, mucho más acordes con el clima de euforia y expansión económica que predomina en el comienzo de la Restauración. Pasó la época de las ideas absolutas como rectoras de la vida práctica. La política se entenderá, según Manuel de la Revilla, «como transacción y transición, esfera sometida a condiciones ineludibles de tiempo y espacio, orden de vida en que no impera lo absoluto y donde lo mejor es siempre enemigo de lo bueno»<sup>2</sup>.

En fin, haciendo un breve balance del significado de la presencia del pensamiento positivista en la cultura española, hay que señalar en primer lugar la formación de una mentalidad científica que opera en una doble vertiente. Por un lado, estimula la formación generalizada de una línea filosófica y científica; por otro, y en un plano ya sociopolítico, promoverá la formación de una serie de proyectos reformistas orientados a racionalizar la realidad social del país. Sin embargo, las precarias condiciones de base de la sociedad española empujaron los logros que pudieron haberse conseguido; como ha subrayado López Piñero, se mantuvo un constante divorcio entre el desarrollo científico y la vida general de esa misma sociedad<sup>3</sup>. No existe en España nada parecido a ese «mecanismo general de interacción» entre ciencia e industria a que se ha referido J. D. Bernal aludiendo a unas condiciones básicas para el desarrollo económico<sup>4</sup>.

Por lo demás, el positivismo a su entrada en España tuvo que enfrentarse con el pensamiento tradicionalista y el idealismo krausista, que eran los que marcaban las coordenadas filosóficas españolas en aquel momento. El resultado de estos tres componentes no desembocó en una visión materialista del hombre, ni en una interpretación mecanicista de la vida. El filósofo o el literato español ni podía reducir al individuo a los aspectos puramente fisiológicos, ni podía renunciar a las evidencias que ofrecía la ciencia. Y en su lucha por encontrar un camino que las hiciese compatibles, hallaron en la psicología el instrumento capaz de servir de nexo para relacionar el mundo de lo físico con el mundo del espíritu. Señala Sherman Eoff la importancia adquirida en España por la psicología en torno a 1880: «Los españoles —escribe—, que en general rechazaron todo género de materialismo científico, recibieron con los brazos abiertos una psicología que abría paso a un idealismo filosófico»<sup>5</sup>. Tal vez sea en este intento de aunar el

<sup>2</sup> M. DE LA REVILLA, «Revista crítica», en *Revista Contemporánea*, núm. 1, 1875-1876, p. 246.

<sup>3</sup> J. M. LÓPEZ PIÑERO, «La literatura científica en la España contemporánea», en *Historia Universal de la medicina*. Barcelona, Salvat, 1970, tomo VI, p. 360.

<sup>4</sup> J. D. BERNAL, *Ciencia e industria en el siglo XIX*. Barcelona, Martínez Roca, 1973, pp. 47 y ss.

<sup>5</sup> S. H. EOFF, *El pensamiento moderno y la novela española*. Barcelona, Seix Barral, S. A., 1965, p. 127.

mundo de lo físico y el mundo del espíritu donde haya que buscar la raíz de la importancia adquirida por Wundt en España<sup>6</sup>.

Por otra parte, conviene también recordar las implicaciones de orden filosófico, ideológico y social a que dio lugar la difusión del darwinismo en España. En el terreno de la psicología la personalidad vino a ser considerada como un proceso evolutivo en el que no sólo había que ponderar los elementos biológicos sino también los factores ambientales, tratando de conjugar así los elementos físicos y sociales. Por lo demás, y sin entrar aquí en las condiciones que hubo de afrontar el darwinismo a su entrada en la Península, ni en las controversias a que dio lugar —tema éste que Diego Núñez ha documentado satisfactoriamente<sup>7</sup>—, si quisiéramos señalar la apropiación de la teoría darwinista realizada por parte del mundo liberal español en la época de la Restauración, subrayada por el autor recién citado: «El empleo más directo y rentable consistió en hacerla apadrinar el individualismo y el espíritu competitivo de la sociedad capitalista. La gran burguesía, instalada ya en el poder, verá pronto en el darwinismo la corroboración científica de un nuevo derecho y de una moral 'naturales', que legitimaban su posición en la escala social como el triunfo de los más aptos»<sup>8</sup>.

## 2. LA QUIEBRA DEL POSITIVISMO

Dentro de este panorama conviene señalar los primeros síntomas de la crisis de estas ideas positivas que, como ya hemos indicado, habían tropezado con una compleja serie de dificultades para instalarse en España. Algunos de estos signos se plasman en el mundo literario a través de una serie de novelas en las que se advierte la importancia que adquieren los factores de tipo no racionalista; pensemos, por ejemplo, en el papel concedido a la intuición<sup>9</sup>, o en la tendencia religiosa que se observa en muchos personajes. Es indiscutible que, en la novelística de fin de siglo, los escritores, en vez de poner de relieve el poder de la materia, buscan señalar la importancia de las

<sup>6</sup> En algunos sectores del mundo intelectual español, la influencia de WUNDT llega a ser más importante que la de otras escuelas de psicología o filosofía como las de SPENCER o TAINÉ. Parece, sin embargo, que no existieron traducciones españolas del autor alemán, sino que se le conoció a través de traducciones francesas mediados ya los años ochenta.

<sup>7</sup> D. NÚÑEZ, *El darwinismo en España*. Madrid. Castalia, 1977, pp. 7-60.

<sup>8</sup> *Idem*, pp. 50-51.

<sup>9</sup> En *Fortunata y Jacinta*, BENITO PÉREZ GALDÓS concede una primacía al mundo de la intuición y de lo espontáneo personificado en Fortunata, frente al mundo de lo normal y establecido, encarnado en Jacinta. Ahora bien, no toma partido exclusivo por ninguno, sino que piensa que es precisamente en la interacción de ambos donde se produce «la síntesis creadora».

fuerzas espirituales, interesándose en la actividad psicológica de unas figuras novelescas que se presentan animadas de sentimientos elevados<sup>10</sup>. Idealismo y positivismo se oponen a menudo en las obras literarias, con gran ventaja para el primero. Y es curioso observar cómo se transita, desde una serie de posturas críticas de orden económico, político, social e ideológico mantenidas por un amplio sector intelectual durante las dos décadas primeras de la Restauración, hacia una orientación de carácter metafísico. El viraje de la generación del 98 entre sus años de juventud y de madurez ha sido abordado por distintos autores en los últimos años<sup>11</sup>; algo semejante cabría decir respecto a los supervivientes de la generación del 68.

Por lo demás, este cambio que se observa en la literatura es la manifestación del cambio que se ha producido en el horizonte cultural español; cambio del cual los literatos no son sino algunos de sus más caracterizados portavoces. Las razones del mismo, muy complejas por cierto para que podamos resumirlas aquí en una rápida ojeada, radican principalmente en la insatisfacción y en la decepción a que conducirán la filosofía positiva y las ciencias experimentales. A la confianza en el progreso indefinido capaz de llevar a la humanidad a un futuro radiante, sustituye un creciente escepticismo. Los problemas no sólo permanecen, sino que una serie creciente de antagonismos —de raza, de clase, etc.— amenaza más de cerca al hombre sumiéndolo en una creciente inseguridad. La razón y la ciencia se revelan como impotentes, y hasta como negativas, en lo que se refiere a la consecución de la felicidad humana. En fin, la quiebra de la fe en la ciencia ocasionó una crisis de gigantescas proporciones y produjo un vacío que cada cual intentó llenar a su modo, pero siempre a base de elementos no racionales. El mundo de lo invisible adquiere gran dimensión en las obras literarias y los más diversos recursos se entremezclan para hacer frente a la crisis.

Una de las manifestaciones de esta crisis de certezas se expresa mediante el repudio del positivismo burgués y del materialismo capitalista a través de una dura crítica de la sociedad existente. El carácter antiburgués de buena parte de nuestra literatura naturalista es un buen testimonio de ello. Aparece en estas obras la denuncia de una serie de problemas: el caciquismo, la corrupción administrativa, la implicación de la Iglesia en la política, la inoperancia de los organismos públicos, la quiebra de la moral nacional... La crítica detecta y

<sup>10</sup> J. L. PESET y M. PESET han puesto de manifiesto el rechazo que mantienen los escritores frente a una nueva conciencia social que los seguidores de LOMBRÓSO pretenden apuntalar con una serie de supuestos científicos. Cfr. *Lombroso y la escuela positivista italiana*. Madrid, CSIC, 1975, pp. 141 y ss.

<sup>11</sup> Cfr. R. PÉREZ DE LA DEHESA, *Política y sociedad en el primer Unamuno*. Madrid, Ciencia Nueva, 1966; C. BLANCO AGUINAGA, *Juventud del 98*. Madrid, Siglo XXI, 1970; E. INMAN FOX, *La crisis intelectual del 98*. Madrid, Edicusa, 1976.

pone en evidencia el fracaso de la democracia tal como se soñó en el 68, atribuyéndolo en buena parte al comportamiento del bloque de poder: aristócratas, políticos profesionales, burgueses carentes de ética, eclesiásticos, caciques de distinto nivel...

### 3. ACTITUD DE LA PEQUEÑA BURGUESÍA EN LA CRISIS DE FIN DE SIGLO

Ahora bien, la pequeña burguesía urbana continúa creyendo en la democracia, y si no intenta ofrecer soluciones políticas que supongan una alternativa de poder es por temor a las masas obreras que, en su creciente progresión numérica y en su clara toma de conciencia de clase, se presentan a sus ojos como un fantasma más peligroso que la misma clase dirigente. La crítica aparece, pues, hecha a un nivel puramente ideológico, y en ella queda expresamente sugerido que, si logran subsanar los fallos en que ha caído la clase dirigente —léanse excesos del capitalismo y corrupción—, la democracia sería alcanzable. En esta crítica llevada a cabo por la pequeña burguesía, se evidenciarán las contradicciones y los errores del sistema y se propondrá una serie de medidas encaminadas a ofrecer soluciones. Recordemos a este respecto la labor realizada por el llamado grupo regeneracionista: Lucas Mallada, Macías Picavea, Joaquín Costa, etc. Los novelistas, por su parte, prescindiendo de toda formulación teórica, intentarán a nivel práctico presentar también una serie de soluciones; lo que aparece en ellos es la plasmación de nuevas formas de concebir la vida comunitaria y la importancia de la ética en el comportamiento individual, apuntando por esta vía a conseguir un tipo de sociedad más de acuerdo con las aspiraciones de la clase media.

Parece evidente que el avance de la revolución industrial en España, con el creciente capitalismo que comporta, ha generado una serie de desequilibrios sociales ocasionando un numeroso proletariado, que supone, en la óptica de la pequeña burguesía, una constante amenaza<sup>12</sup>. Por otra parte, esta pequeña burguesía no se ha incorporado al proceso capitalista y, por tanto, no se siente identificada con él. Queda, sin embargo, más cerca de las masas populares no proletarizadas y, sobre todo, del mundo rural. Los motivos tal vez no sean difíciles de detectar, si tenemos en cuenta, ante todo, el predominio numérico de las clases medias rurales con respecto a las urba-

<sup>12</sup> Señala M. TUÑÓN DE LARA cómo el desarrollo del capitalismo español engendra unas tensiones patrono-obrero y unas situaciones conflictivas que «adquieren una resonancia que antes no conocían», subrayando la importancia que tuvo en su potenciación «la creación de la II Internacional (1889) y la celebración del 1 de mayo a partir de 1890, así como el ejemplo del socialismo francés de la época, sobre todo su tendencia 'guesdista'». Cfr. M. TUÑÓN DE LARA, *Medio siglo de cultura española, 1885-1936*. Madrid, Tecnos, 1970, pp. 76-77.

nas; y aun en el caso de estas últimas no es infrecuente encontrarlas conectadas, por razones familiares o de emplazamiento geográfico, con este sector; piénsese en los profesionales —médicos, farmacéuticos, notarios— afincados en los medios rurales. En segundo lugar, cabe también señalar que el mundo campesino carece de conciencia de clase y mantiene un carácter tradicional; las relaciones paternalistas que predominan en él son, para la clase media, una garantía de que, si en algún momento necesitara la alianza del campesinado para formar un bloque frente a otros sectores sociales, aquél no ofrecería la menor resistencia y pondría su peso espontáneamente al servicio de la causa común.

Conviene no perder de vista la importancia del mundo rural con miras a establecer una alianza, debido fundamentalmente a su fuerza numérica; por otra parte, la carencia de ideologías en este sector por aquellas fechas le hace fácilmente manejable por quienes se presentan como defensores de sus intereses. En el caso español resulta totalmente válida la observación hecha por Jean L'homme respecto al campesino francés cuando afirma que su actitud política no supone la manifestación de unas ideologías, sino la defensa de unos intereses<sup>13</sup>. De ahí que uno de los remedios que proponga la pequeña burguesía, en la crisis del tránsito del XIX al XX, sea precisamente el recurso a las masas campesinas.

Resulta de todo ello que, si desde el punto de vista del regeneracionismo científico encontramos una serie de planteamientos que tienden a generar riqueza por medio de aplicaciones técnicas, desde el punto de vista del regeneracionismo literario asistimos a una exaltación de la vida campesina. El sentido común del hombre rural, su sencillez, su austeridad, su espíritu sano, aparecen cantados por la pluma de los novelistas.

Cabe señalar también la posible conexión entre esta literatura de «alabanza de aldea» y el creciente auge que el tema regionalista cobraba en el país en aquel momento. Los escritores se sintieron interesados en el tema, aunque desvirtuaron su realidad al trasladarlo a un contexto distinto<sup>14</sup>; desvirtuación que, en el tránsito de un siglo a otro, experimentaron análogamente otros problemas de los que definían la realidad española en aquel momento. En todo caso, debe retenerse el hecho de que esta orientación campesina, que en el plano ideológico se presenta claramente justificada, viene a hacer eclosión precisamente en un momento en que la agricultura atraviesa una mala

<sup>13</sup> Jean L'HOMME, *La gran burguesía en el poder (1830-1880)*. Barcelona. Lorenzana, 1965, p. 387.

<sup>14</sup> «Sólo Unamuno y Campion —escribe L. ROMERO— aproximaron de alguna manera su punto de vista a la realidad vascogada.» Cfr. M. ETREROS, M. I. MONTESINOS, L. ROMERO, *Estudios sobre la novela española del siglo XIX*. Madrid, CSIC, 1977, p. 143.

coyuntura. En suma, la apelación a las masas campesinas y la exaltación del mundo rural constituye uno de los recursos de la pequeña burguesía para manifestar sus aspiraciones a una democracia real, que corrija los fallos del sistema canovista.

Pero al mismo tiempo que se realiza esta protesta frente al capitalismo, recurriendo al mito de la vida campesina para alimentar el retorno a una sociedad precapitalista<sup>15</sup>, se tiene clara conciencia de que el fracaso de la democracia durante el último cuarto del siglo se debe, en buena parte, a la corrupción de una clase dirigente que ha falseado los mecanismos políticos con tal de conservar y mantener su propio poder, manejando la vida del país como si fuera un conjunto de negocios personales. Corrupción a nivel político y a nivel privado que ha determinado el falseamiento del sistema y ha impedido convertir en realidades los planteamientos teóricos de la Constitución del 76. Muchos imputaron el fracaso a la figura del cacique; otros, en cambio, como demuestra el Informe presentado en el Ateneo madrileño en 1901, reconocen que su existencia es necesaria y que es sólo en su mal funcionamiento donde se encuentran las raíces del mal. Pero, a pesar de estos desacuerdos iniciales acerca del fenómeno del caciquismo, hay algo en lo que todos coinciden; y es en la necesidad de lograr una regeneración moral del individuo. El fracaso del sistema, discurren, no es imputable a las estructuras, sino a una falta de ética personal en los que gobiernan. De esta forma su crítica antiburguesa se resuelve en el seno mismo de la sociedad burguesa mediante una apelación a los valores morales de las clases medias.

\* \* \*

El panorama real es indudablemente más complejo; pero son estos dos puntos —fisiocracia y apoliticismo de raíz eticista— los que constituyen, a nuestro modo de ver, lo fundamental de una crítica regeneracionista que tiene en los escritores su expresión literaria y que nosotros vamos a intentar analizar en Armando Palacio Valdés.

#### 4. UNA VETA FISIOCRÁTICA EN LA LITERATURA DE COMIENZOS DE SIGLO

La presencia de una corriente de «literatura campesina» es un hecho en el último cuarto del siglo XIX, que se agudiza a comienzos

---

<sup>15</sup> Existe en amplios sectores de las clases medias y del mundo intelectual una añoranza de la vieja sociedad precapitalista. El fenómeno aparece subrayado en lo que respecta a la generación del 98 por J. C. MAINER. Cfr. *Literatura y pequeña burguesía en España (Notas 1890-1950)*. Madrid, Edicusa, 1972, p. 83.

del xx. El hecho está ahí y lo importante es averiguar qué realidades significativas podemos encontrar dentro del mismo.

La literatura de tema campesino ofrece a primera vista —sobre todo cuando se trata en alguna manera de una idealización de la vida rural— el aspecto de una literatura evasiva, desconectada de los problemas reales, y en este sentido parece ser abordada por Armando Palacio Valdés. Es interesante constatar que sus dos obras esencialmente rurales correspondientes ambas al siglo xx, *La aldea perdida* y *Sinfonía pastoral*, publicadas en 1903 y 1931, respectivamente, van precedidas de sendos prefacios muy breves, en los cuales se explicita esta finalidad intrascendente de las mismas. Por supuesto que la fecha tardía en que aparece la última de las novelas mencionadas la remite a un contexto cultural y social bien distinto del de comienzos de siglo; pero no hemos podido omitir aquí una referencia a la más «fisiocrática» de las novelas de Palacio Valdés por cuanto expresa la persistencia de una idealización acuñada treinta años atrás. En efecto, en la «Invocación» de *La aldea perdida* el autor expresa su deseo de «que este mi último canto sea suave a todos [y que] permiténdoles olvidar un momento sus cuidados, les ayude a soportar las pesadumbres de la vida». En la «Dedicatoria» de *Sinfonía pastoral* todavía se muestra más expresivo al respecto. Palacio Valdés plantea el carácter de evasión que corresponde y ha correspondido en todos los tiempos a la tarea de poetas y novelistas que «se han complacido en disfrazar la vida de los campesinos», porque, añade, «la existencia es triste y dura para los humanos [...]. Huyendo de las tristezas y amarguras de esta vida, los míseros mortales se refugiaron con la imaginación en otra ideal. Ninguna les parecía más dulce y placentera que la de los campos, en presencia de la bella naturaleza, entre hombres sencillos y pacíficos animales»<sup>16</sup>. Se trata, pues, de evasión ante unos problemas fundamentalmente urbanos. Acosado por ellos, el hombre se vuelve hacia la sencilla y añorada vida de la naturaleza. El fenómeno, por otra parte, parece haber sido una constante a lo largo de la historia, como ha puesto de relieve Noël Salomon refiriéndose tanto a los tiempos clásicos como a la época barroca: Virgilio, Horacio, Lope de Vega o Tirso de Molina serían espléndidos exponentes de este fenómeno<sup>17</sup>.

\* \* \*

A fines del xix, el desarrollo urbano visible en muchas ciudades españolas y europeas, faltas de sosiego, invadidas por el humo, el ruido

<sup>16</sup> A. PALACIO VALDÉS, *La aldea perdida* y *Sinfonía pastoral*, en *Obras Completas*, t. I, Madrid, Aguilar, 1968, 8.ª ed., pp. 1049 y 1903 respectivamente.

<sup>17</sup> N. SALOMON, *Recherches sur le thème paysan dans la «comedia» au temps de Lope de Vega*. Bordeaux, Férét & Fils, pp. 177 y ss.



y el aumento de circulación, había llevado a una nostalgia de la naturaleza que, si entre los urbanistas cristalizó en una planificación de ciudades ajardinadas<sup>18</sup>, en los novelistas hubo de alimentar una poderosa corriente de literatura campesina. Literatura que adquiere una gran importancia en la época del naturalismo. En ella se encuentra siempre subyacente el binomio campo-ciudad. Objeto de tratamientos complejos y diversos, la pureza campesina es esgrimida muchas veces por el sector tradicional para oponerse al crecimiento de una burguesía urbana progresista que amenaza destruir las pervivencias de antaño tanto en el orden social como en el ideológico. Otras veces, en cambio, siguiendo tratamientos naturalistas de cuño puramente francés, se pone en tela de juicio la bondad ingénita de la naturaleza. Es el caso de Emilia Pardo Bazán o de Vicente Blasco Ibáñez<sup>19</sup>. En todo caso, sin embargo, lo que sí parece predominar en el último cuarto del siglo XIX dentro de esta corriente literaria es la preferente impostación de la salud y de la fortaleza sobre unos medios campesinos en contraposición a la vida contaminada, física y moralmente, que se da en las urbes.

Ahora bien, esta idealización del mundo campesino, que soslaya sus problemas, no consigue evitar que la miseria y las malas condiciones de la vida rural dejen de estar patentes. Esta idealización obedece sin duda a la constante aludida por Noël Salomon. Conviene tener presente que en el último cuarto del siglo XIX existe un creciente fenómeno de urbanización que adquiere especial relieve en Madrid, sede de intelectuales y novelistas. Madrid, en efecto, aumenta su población, amplía su radio urbano, cambia sus condiciones de vida y, sobre todo, deja sentir su poder sobre España entera a través de una clase dirigente cuyos intereses no coinciden con los de una clase media que ha quedado al margen del desarrollo capitalista. Todo ello contribuye a que esta literatura, que aparece en el tránsito de un siglo a otro, pese a su carácter puramente escapista y evasiva, se halle en íntima conexión con unos problemas vivos planteados de manera aguda en la sociedad española. Nos referimos a la crisis agrícola, manifiesta en la última década del siglo XIX; al problema de la orientación a seguir por un desarrollo capitalista divorciado, en un primer momento, de la agricultura, y ello en un país fundamentalmente rural; a la importancia, en fin, que a fines de siglo adquiere el tema regional.

Por lo demás, esta ola de literatura fisiocrática no es exclusiva de España, sino que se da también en otros países de Europa<sup>20</sup>, respon-

---

<sup>18</sup> F. CHUECA, *Breve historia del urbanismo*. Madrid, Alianza editorial, 1970, 2.ª ed., pp. 178-179.

<sup>19</sup> *Vid.*, especialmente *Los pazos de Ulloa*, *La madre Naturaleza* y *La Barraca*.

<sup>20</sup> Recordemos a este respecto *La ciudad y las sierras*, de J. M. EÇA DE QUEIROZ.

diendo a condicionamientos de carácter general. En efecto, como ha observado Pierre Barral, «el crecimiento del sector agrícola moderno es cortado por la alternancia de dos fases de prosperidad, 1850-1875 y 1900-1925, con dos depresiones particularmente sentidas en Europa, la crisis agrícola de fines del XIX y la segunda crisis que viene a constituir uno de los componentes de la Gran Depresión de 1929. Los precios se hunden en ese momento en unos desequilibrios por el exceso de la oferta sobre la demanda, y el agricultor, descorazonado, sobrevive replegándose en una economía de subsistencia. Y es precisamente en estos períodos cuando se aumenta la protesta contra la Plata, contra la Ciudad, contra el Estado»<sup>21</sup>.

A esta luz cobra una especial significación la aparición de las novelas campesinas de Palacio Valdés en el siglo XX —1903, 1931—, en el contexto de toda una corriente regeneracionista que muestra alternativamente facetas científicas o puramente literarias. El fenómeno, aunque en proporciones distintas, nos recuerda al que se produce en España a partir de 1580. La crisis del campo determina entonces, junto a los estudios de los arbitristas preocupados por el desarrollo de la agricultura, toda una corriente literaria de idealización campesina que cristaliza en el teatro del tiempo de Lope de Vega<sup>22</sup>. El paralelo, con todas las salvedades y reservas necesarias, puede establecerse con la última década del siglo XIX; surge en ese momento toda una literatura de carácter científico<sup>23</sup> orientada a solucionar el problema de la penuria española sobre la base de fomentar la agricultura. Surge también una literatura de creación que tiende a idealizar la vida campesina, poniendo de relieve los valores del hombre rural, estimados como superiores a los de los habitantes de las ciudades. En estas novelas —o poemas— de carácter rural, como en el famoso tratado de fray Antonio de Guevara, se tiende a resaltar la artificiosidad de la vida ciudadana en contraste con la pureza de la vida campesina. Y como en Guevara, se denuncian también, a veces con gran sentido del humor, las inquietudes que asaltan al hombre de la Corte, lugar donde la ambición atenaza y la incomodidad se convierte en una permanente pesadumbre, presentando en contraposición los beneficios materiales y espirituales de la vida de la naturaleza. En estas obras, los campesinos aparecen como seres moralmente más sanos y físicamente más robustos que los hombres de las ciudades. Recordemos, por ejemplo, la contraposición campo-ciudad que se da en *Sinfonía pastoral*; el para-

<sup>21</sup> P. BARRAL, *Mouvements paysans visant à adopter l'agriculture à l'économie de marché*, en «Enquête sur les mouvements paysans dans le monde contemporain (de la fin du XVIII<sup>e</sup> siècle à nos jours)». Rapport Général de XIII<sup>e</sup> Congrès International des Sciences Historiques. Moscou, 16-23, août, 1970.

<sup>22</sup> Cfr. N. SALOMON, *op. cit.*, espec., pp. 171 y ss.

<sup>23</sup> Recordemos la obra de LUCAS MALLADA, MACÍAS PICAVEA o JOAQUÍN COSTA.

digma del género será acuñado, en 1901, por José María Eça de Queiroz, en su novela *La ciudad y las sierras*.

Pero no es sólo la crítica de la ciudad y la idealización del campo lo que subyace a toda esta corriente; en lo más profundo de ella encontramos uno de los problemas que más angustiosamente preocupan a la pequeña burguesía española. ¿Podría el desarrollo capitalista canalizarse a través de la agricultura en vez de orientarse, como estaba ocurriendo, por la vía del desarrollo urbano industrial, de carácter centralista, minoritario y conflictivo? La pequeña burguesía, descontenta a fines de siglo con los logros del sistema de la Restauración, intenta crear un frente común capaz de agrupar a sus fracciones urbana y rural. Como lúcidamente observa Alfonso Ortí, «hacia 1900 [...] el frente crítico de la pequeña burguesía urbana y la burguesía rural media coincide en contraponer a este desarrollo capitalista oligárquico que se adivina, una vaga aspiración —pero intuitiva y certera desde los intereses de la propia clase —a un modelo de desarrollo a partir de la agricultura, que evite los costes sociales, los conflictos y riesgos de una industrialización montada sobre el desarraigo y la transferencia, más o menos forzada, de grandes masas del campesinado, como fuerza de trabajo proletarizada, hacia las pocas grandes ciudades de la época (Barcelona, Bilbao...). La protección del campesinado se convierte, de este modo, en un ambiguo elemento ideológico del peculiar reformismo pequeño burgués español, en el que van a coincidir tanto cierto tipo de progresistas radicales como de católicos sociales (y de nuevo Costa se encuentra en el punto de inserción de ambas orientaciones, por su doble pertenencia al campesinado católico-familiar —y a la elite del progresismo urbano— y al institucionalismo). La opción por el desarrollo agrario —como etapa de despegue—, y las limitaciones de este exclusivismo agrarista, responden, en consecuencia, a los intereses de clase estructuralmente realizables o no de una pequeña burguesía nacional»<sup>24</sup>.

Y es precisamente en este contexto en el que hemos de entender el problema que se plantea en *La aldea perdida*, problema que para su estudio hemos dividido en dos partes: a) la inercia de la sociedad rural, y b) el difícil acuerdo entre burguesía urbana y burguesía rural.

#### a) *La inercia de la sociedad rural*

El ruralismo de Palacio Valdés en *La aldea perdida* está impregnado de sabores costianos y transparenta la nostalgia de algo que, a la al-

<sup>24</sup> A. ORTÍ BENLLOCH, «Estudio introductorio» a *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España. Urgencia y modo de cambiarla*. Madrid, «Revista de Trabajo», 1975, pp. CXCIX-CC.

tura de 1903, concibe como imposible: el intento de promover y desarrollar la producción rural, con la consiguiente formación de un capital muy distribuido dentro del área local. Aspira de esta forma a que las áreas locales y regionales adquieran fuerza por sí mismas, atrayendo inversiones que no muevan un proceso de desarrollo, distinto al centralizador imperante. Un proceso que haga patente la importancia de la periferia y tienda a suprimir la oligarquía centralista.

El novelista plantea en esta obra el tema de la industrialización del valle, promovida por la burguesía urbana que desconoce la verdadera realidad agrícola de la comarca, y la encarnizada resistencia que a la misma opone la pequeña burguesía rural. Resistencia de las clases medias rurales representadas en la novela por el militar —retirado a mitad de su carrera— que posee alguna hacienda, por el hidalgo de escasos bienes y por el cura. Junto a ellos, presentando también una oposición irreductible, se encuentran las mujeres campesinas que «aparecían unánimemente adversas a la reforma. Su espíritu más conservador les hacía repugnar un cambio brusco. Luego, aquellos hombres de boina colorada y ojos insolentes, agresivos, que tropezaban por las trochas de los castañares, les infundían miedo». Los campesinos, por el contrario, «aunque un poco recelosos, se mostraban satisfechos. Esperaban tomar algún dinero, ya sea de los jornales de sus hijos, pues se aseguraba que tomaban en la mina hasta los niños de diez años, ya de la venta de los frutos, huevos, manteca, etc.»<sup>25</sup>.

La mujer campesina se muestra reticente frente al desarrollo, por motivaciones de mentalidad tradicional. El hombre, en cambio, se manifiesta favorable a aquél por motivaciones económicas: posibilidad de aumentar el numerario, de transformar una economía casi enteramente de subsistencia en otra más comercializada. En cuanto a la pequeña burguesía, suele manifestarse, por lo general, contenta con su suerte. Cabría, sin embargo, distinguir la actitud que observan al respecto don Félix Cantalicio y don César de las Matas. El primero, capitán retirado desde su juventud, es hombre de cortas luces, «más expedito de corazón que de inteligencia», inmovilista por naturaleza y partidario de que las cosas permanezcan como están y como han estado siempre. «Yo no apruebo las ideas de mi sobrino Antero —explica justificando su posición—, hasta ahora hemos vivido a gusto en este valle sin minas, sin humos de chimeneas, ni estruendo de maquinaria. La vega nos ha dado maíz suficiente para comer borona todo el año, judías bien sabrosas, patata y legumbres, no sólo para alimentarnos nosotros, sino para criar cerdos que arrastran el vientre por el suelo de puro gordos. El ganado nos da leche, y manteca, y carne si la necesitamos; tenemos castañas suficientes que alimentan más

---

<sup>25</sup> A. PALACIO VALDÉS, *La aldea perdida*, en OC, *op. cit.*, p. 1094.

que la borona y nos la ahorran durante muchos días; y esos avellanos que crecen en los setos de nuestros prados producen una fruta que nosotros apenas comemos, pero que vendida a los ingleses hace caer en nuestros bolsillos todos los años algunos chelines de oro. ¿Para qué buscar debajo de la tierra lo que encima nos concede la Providencia: alimento, vestido, aire puro, luz y leña para cocer nuestro pote y calentarnos en los días rigurosos del invierno?»<sup>26</sup>.

Don César de las Matas, en cambio, es el hidalgo práctico, que hace compatible el ideal de vida rústica con su profunda afición por el mundo clásico. Dueño de un pequeño y pobre terreno, consigue, gracias a un cultivo inteligente, uno de los mejores rendimientos del lugar. Don César es enemigo, como don Félix, de que la industria suplante a la agricultura y se convierta en la primera fuente de riqueza del país. Pero aun siendo idénticas sus posturas, parten de supuestos distintos; mientras uno, don Félix, se mantiene en una posición estática y pasiva, el otro, don César, lucha y trabaja para sacar a la tierra sus máximas posibilidades, demostrando en su pequeña propiedad que, a pesar de las condiciones adversas, ello es factible. Esto nos induce a pensar que es por ahí por donde apuntan los deseos de una pequeña burguesía de carácter rural: evitar el desarrollo industrial de carácter centralizador, atendiendo en cambio al fomento de las posibilidades agrícolas del país, capaces de generar nuevas riquezas. Palacio Valdés plantea, a través de estos personajes y de una manera un tanto impresionista pero absolutamente clara, los deseos de una pequeña burguesía que aspira a que el crecimiento capitalista tome unos derroteros distintos a los que ha emprendido en el norte peninsular, abogando por una mayor atención hacia la tierra.

#### b) *El difícil acuerdo entre burguesía urbana y burguesía rural*

Pero junto a esta burguesía rural de carácter precapitalista, aparece en la novela otro sector de aquélla, de carácter urbano, partidario de la industrialización. Antero, su más claro representante, expresa las razones de este sector, que aboga por un cambio en la economía; razones con las que parece identificarse Palacio Valdés: «Brindo —dice este personaje— porque en breve plazo quede desterrado del hermoso valle de Laviana ese manjar feo, pesado y grosero que se llama borona. No podéis imaginar con qué profunda tristeza he visto a los pobres labradores alimentarse con ese pan miserable. Entonces he comprendido la razón de su atraso intelectual, la lentitud de su marcha, la torpeza de sus movimientos, la rudeza de todo su ser. Quien introduce diariamente en su estómago un par de libras de borona, no es posible que tenga la imaginación despierta y el corazón brioso.

<sup>26</sup> *Idem*, p. 1075.

Procuramos todos, en la medida de nuestras fuerzas, que pronto desaparezca de aquí, o al menos que se relegue a su verdadero destino, para alimentar a las bestias, que pronto se sustituya por el blanco pan de trigo. Con él, no lo dudéis, despertará la inteligencia, se aguzará el ingenio, crecerán los ánimos y, por fin, entraran en el concierto de los hombres civilizados los habitantes de este país»<sup>27</sup>. Pero junto a estas razones, se explicitan también los aspectos negativos que conlleva el industrialismo en la óptica de la pequeña burguesía rural; aspectos que también quedan muy cerca de las estructuras mentales del novelista asturiano. La industrialización lleva aparejada una serie de desequilibrios sociales y la ruptura de las tradiciones familiares y regionales.

En el fondo, *La aldea perdida* viene a plantear el enfrentamiento de dos fórmulas, de dos maneras de plantearse el inevitable desarrollo capitalista. Por una parte, la fórmula de la pequeña burguesía progresista de carácter urbano<sup>28</sup>, presta a romper con las tradiciones y a alumbrar nuevas mentalidades. Por otra, la fórmula de la pequeña burguesía rural que aspira, en el mejor de los casos —el de don César—, a desarrollar al máximo sus posibilidades sin recurrir a cambios estructurales que romperían estilos de vida que les son muy queridos. Ahora bien, esta pequeña burguesía rural ha de enfrentarse con no pocas dificultades, dada su posición aislada y minoritaria del complejo mundo burgués.

El divorcio entre ambas burguesías —la urbana y la rural— en esta coyuntura aparece evidente. A los argumentos de carácter moderno y económico aducidos por Antero, se responde con motivaciones de orden tradicional e ideológico. El entendimiento es imposible, y es precisamente esta imposibilidad lo que lamenta Palacio Valdés a lo largo de su novela, y la que le lleva a idealizar unas costumbres y unas formas de vida que considera irremisiblemente perdidas. Esta añoranza, falsamente interpretada, ha dado ocasión al encuadramiento —un tanto precipitado— de Armando Palacio Valdés en posiciones rotundamente conservadoras y tradicionales, sin detenerse a considerar que lo que realmente evidenciaba el novelista asturiano eran las tensiones que engendraba la modernización de la economía española.

Es cierto que la postura de Palacio Valdés aparece un tanto contradictoria en una primera lectura; pero su misma ambigüedad es trasunto real de la ambigüedad en que se debatía la pequeña burguesía de comienzos de siglo. Por una parte, el novelista se identificará con las razones propuestas por Antero, ya que la industrialización

<sup>27</sup> *Idem*, p. 1085.

<sup>28</sup> Burguesía que aquí aparece, por razones exclusivamente novelísticas, con carácter regional, pero que pensamos hay que entender como muy conectada con las directrices centralistas.

había de comportar una mayor dignificación en el nivel de vida del campesino; pero, por otra, teme la existencia de un proletariado industrial que amenace el equilibrio del valle, así como el desmantelamiento de una mentalidad y de unas formas de vida que le son entrañables. ¿Cómo acercarnos mejor al pensamiento vivo y auténtico del Palacio Valdés que escribe a la altura de 1903? Creemos que la más certera aproximación puede lograrse analizando el tratamiento de que son objeto los portavoces de una y otra burguesía —la rural y la urbana— que aparecen en su obra. Para Antero, el hombre que propugna el cambio, encontramos un profundo respeto; mientras que los representantes tradicionales aparecen configurados como hombres de indudable bondad, pero totalmente estafalarios y ridículos, desfasados del tiempo en que viven y en buena parte desconectados de la realidad un tanto precaria del campesinado. ¿Se propuso Palacio Valdés tipificar en esta clase media rural, falta de horizontes, el fracaso de la alternativa propuesta por Costa, al ser incapaz de buscar un plano de entendimiento con la pequeña burguesía? La novela no ofrece datos suficientes, y no podemos pasar más allá de la mera sugerencia.

Lo que sí parece evidente es que el escritor lamenta el carácter exclusivista, centralizado desde fuera, que ha adoptado la industrialización, amenazando terminar con unas particularidades regionales. Y por ello, indudablemente, es por lo que dedica su novela a cantar las peculiaridades de su pequeña tierra natal: sus costumbres, sus formas de vida, su paisaje. No podemos olvidar que existían razones de orden histórico que propiciaban el tratamiento del tema; ya hemos recordado la importancia que lo regional adquiere en la España de fines de siglo. Ello influye en la sensibilidad de los escritores, de Palacio Valdés en el caso concreto que estamos considerando, orientando su creatividad hacia la temática de su región nativa, trascendida de esta forma a la categoría de motivo literario. El tema, en principio, aparecerá desconectado de las coordenadas reales en que se plantea el problema de los regionalismos; pero no por ello deja de ser hondamente significativo que don Armando dedique una novela, precisamente en 1903, a cantar las excelencias de su rincón asturiano.

##### 5. PRESENCIA DE UNA CORRIENTE ETICISTA EN EL MUNDO INTELECTUAL

Un sentimiento de insatisfacción y de pesimismo se cierne sobre el pueblo español que vive el tránsito de un siglo a otro. El sistema canovista ha fracasado en la empresa de implantar una auténtica democracia parlamentaria, y el Tratado de París ha consumado la ruina del imperio colonial. La decepción y el desengaño se apoderan de la pequeña burguesía, y los intelectuales expresan en esta coyuntura su disconformidad y su frustración.

¿Cómo reacciona Palacio Valdés en la crisis de fin de siglo? En primer lugar, hemos de recordar que el novelista se situó desde el comienzo de su carrera literaria en una actitud apolítica a la que le condujo su experiencia del Sexenio y de los primeros años de la Restauración; recordemos, también, la dura crítica del sistema político de la misma que había llevado a cabo en sus novelas de los años ochenta<sup>29</sup>. Ante los nuevos tiempos, ante la nueva experiencia histórica, ¿qué actitud adoptará el novelista don Armando? ¿Hacia qué rumbo se orientará? ¿Se refugiará en un escepticismo pesimista fundamentado en Schopenhauer, filósofo que tanto le influyó y al que admiraba profundamente, u optará por permanecer fiel a su vieja trayectoria de signo krausista e institucionista?<sup>30</sup>

Instalado en su tradicional apoliticismo —en parte, por su escepticismo ante la vida pública; en parte, también, según pensamos, porque no veía una alternativa política clara en el horizonte—, don Armando realizará un análisis un tanto impresionista, pero certero y profundo, de la sociedad española; llegando a la conclusión de que sólo a través de una regeneración del individuo se podrá resolver el problema de la misma. El recurso a la ética y a la moral personal se convierte, pues, en el remedio para «los males de la patria», en la valoración de Palacio Valdés. El escritor asturiano —esto resulta evidente— desconfía de la elite rectora del país; y, tras la implacable crítica del sistema realizada en los años ochenta y noventa, en tres obras emplazadas ya cronológicamente en el nuevo siglo, denunciará el afán de lucro y la ausencia de ética de la gran burguesía (*La alegría del capitán Ribot*), la incapacidad de la élite de orientación (*Tristán o el pesimismo*) y la corrupción de la clase política (*La hija de Natalia*). Pero, al mismo tiempo, don Armando continúa expresando su convicción de que la clase media está incapacitada moralmente para colaborar con la elite en la función rectora de la sociedad, siendo su novelística de comienzos de siglo buen testimonio de ello. La pequeña burguesía, cuando intenta injerirse en el quehacer de la elite, o traiciona sus principios —porque el ejercicio del poder corrompe— y se integra en el grupo dirigente, o es desechada violentamente e incluso aniquilada. El caso de Martí, de García o de Sixto Moro —personajes de las obras mencionadas— resultan ampliamente ilustrativos. Figura

<sup>29</sup> Recordemos, por ejemplo, los falseamientos electorales que presenta en *El señorito Octavio* o en *Maximina*; la corrupción de la clase dirigente madrileña que aparece en *Riverita*, la misma *Maximina* y *La Espuma*, o la ignorancia de las elites locales evidenciada en *El cuarto poder*.

<sup>30</sup> BAROJA reproduce una conversación mantenida con PALACIO VALDÉS a propósito de este tema; escribe: «hablamos también de filosofía; él dijo que Nietzsche no valía nada, y que el gran filósofo y moralista alemán era Schopenhauer, en lo cual yo estaba en parte conforme». P. BAROJA, *Final del XIX y principios del XX*, en OC, tomo VII, p. 762.



especialmente interesante, por lo singular y significativo de su trayectoria, es, dentro de la novelística valdesiana, la de Pérez Vargas (*Años de juventud del doctor Angélico*), el intelectual procedente de la clase media que, sin proponérselo, se ve integrado en la elite.

En suma, en la retina de Palacio Valdés la pequeña burguesía aparece impotente, sola y aislada, víctima de la clase dirigente y convencida, en alguno de sus sectores, tanto de la buena voluntad como de la incapacidad política del pueblo. Instalada en la torre de marfil de su apoliticismo, piensa que «la transformación interior del hombre» constituye el único medio para resolver los problemas que aquejan a la sociedad. Angel Jiménez, protagonista de la trilogía del doctor Angélico, personaje con el que de alguna manera se identifica Palacio Valdés, viene a ser el arquetipo de este hombre nuevo para el que los fueros de la persona humana y la ayuda cordial al prójimo constituyen los principios de la vida social; de manera análoga a como la voluntaria autolimitación, la renuncia a la ambición y a la soberbia, constituyen el secreto y la clave de la felicidad personal.

\* \* \*

Una repulsa de la clase dirigente y de su obrar político, un escepticismo creciente respecto a los valores populares y a su virtualidad política<sup>31</sup>, tal será el doble bagaje con que los intelectuales pequeño burgueses, excepciones aparte, se enfrentan con la problemática real de España en los comienzos de siglo. La consecuencia inmediata de esta doble actitud será, por supuesto, un refuerzo de su escepticismo político, de su irremisible apoliticismo. Pero algo muy valioso queda en el fondo: la confianza en la virtud regeneradora de los valores morales; algo que procede de manera inmediata del legado krausista de esta generación de intelectuales y, en el fondo, de la herencia cristiana. La confianza en los valores morales del hombre pasa a ser el eje del pensamiento de esta pequeña burguesía. Valores morales que se atenderán o no a un contexto católico ortodoxo —véanse los casos de Palacio Valdés y de Unamuno—; pero que, en todo caso, resultan coincidentes en sus postulados de integridad y de ética personal. Por lo demás, esta pequeña burguesía crítica e inconformista, que no aspira a cambiar el sistema sociopolítico, sino a reformarlo por la vía de la evolución a través de la transformación del individuo, constituirá la fracción pequeño-burguesa en que se apoyará el republicanismo español<sup>32</sup>.

<sup>31</sup> Este será el balance de la insólita experiencia de Martín Pérez de Vargas que PALACIO VALDÉS presenta en *Los años de juventud del Doctor Angélico*, en *OC, op. cit.*, pp. 1621 y ss.

<sup>32</sup> Escribe ORTÍ BENLLOCH refiriéndose a este grupo social: «aferrados a las viejas ilusiones de un liberalismo estable, pacífico y evolutivo, la mayor parte

Hemos señalado una serie de posiciones mantenidas por las clases medias a comienzos del siglo xx, tomando como fuente la obra de Armando Palacio Valdés. Quisiéramos analizar, por lo indicativas que resultan, aunque sea de manera muy breve, las posturas y las actitudes de algunos de sus personajes.

#### 6. LA RENUNCIA A LA ACCIÓN POLÍTICA: ENTRE LA REPULSA MORAL Y LA IMPOTENCIA

*La alegría del capitán Ribot* evidencia el desconocimiento por parte de la gran burguesía de cualquier orden de valores distinto al de sus propios intereses. La clase media se convierte, en sus manos, en un instrumento para conseguir sus propios fines; en un peón al que engaña y al que utiliza con miras a la obtención de beneficios de todo orden. Colocada en una esfera superior y convertida de alguna manera en modelo referencial —recordemos la admiración incondicional que Martí profesa a Castell—, la burguesía capitalista se aprovecha de su situación preponderante para sojuzgar a esta clase media, a la que intenta despojar incluso de su hacienda y de su honra sin miramiento alguno, si así conviene a sus intereses, como en el caso de la relación Martí-Castell, que encontramos en la novela mencionada. Cabe preguntarse si tanto Martí como Castell no constituyen, en la mente de Palacio Valdés, los arquetipos de sus respectivos grupos sociales; entonces el autor estaría representando, en este intento de aniquilación de Martí, el divorcio real que se daba en el país entre un grupo que ha iniciado el desarrollo capitalista y una pequeña burguesía que ha quedado al margen del proceso, y que de alguna manera se ha visto burlada en sus aspiraciones y en la confianza que había depositada en el grupo superior.

En *Tristán o el pesimismo* Palacio Valdés nos pone en contacto con un personaje —Tristán Aldama, el protagonista—, representante del mundo de las letras, en el cual la profunda huella de Schopenhauer no sólo paraliza la capacidad creadora, sino que hace del mismo una calamidad familiar y social por la profunda repercusión que ejercen sobre otros destinos humanos su pesimismo feroz, su egoísmo, su suspicacia enfermiza. En efecto, Tristán Aldama resulta ser, en la novelística de

---

de los herederos de la pequeña burguesía democrática del 68 siguen —en el fondo— confundiendo 'liberalismo' y 'democracia', e idealizando el sistema de las libertades jurídicas individuales, a pesar de reconocer su práctica negación en la vida cotidiana. El parlamentarismo, los partidos de notables y el sufragio universal, siguen siendo expresiones sagradas de la utópica aspiración pequeño-burguesa a una inmediata y absoluta autonomía individual (...), sufragio universal y parlamentarismo iban a convertirse en los principios idealizados del republicanismo histórico...». Cfr. ORTÍ BENLLOCH, *op. cit.*, pp. CLXXXIII-CLXXXIV.

Palacio Valdés, la encarnación del pensamiento de Schopenhauer, que tanta vigencia tuvo en la España de fin de siglo, en sus facetas más negativas y destructoras. Palacio Valdés, por su parte, conoció bien y admiró al filósofo alemán. Las numerosas alusiones que encontramos a través de su obra, especialmente a través de aquellas que tienen un carácter autobiográfico, no dejan lugar a dudas. Alusiones explícitas en *La novela de un novelista*, en *Papeles del doctor Angélico*, en *Album de un viejo*, en *Testamento literario*; alusiones implícitas a través de los comportamientos y de las actitudes de muchos personajes<sup>33</sup>; encontramos también confesiones suyas hechas a otros escritores del momento<sup>34</sup>.

Tristán aparece a lo largo de la novela como el intelectual, el hombre de genio, que se esteriliza en su labor creadora por culpa de una suspicacia frente a una sociedad a la que considera en conjura permanente contra él. Pesimismo y orgullo se combinan así en una mezcla explosiva que dinamita la capacidad creadora del intelectual.

Pero nos interesa no sólo señalar el comportamiento del personaje, sino también tratar de ver la posición que mantiene Palacio Valdés hacia el mismo. Es evidente que el novelista no trata de identificarse con él, sino que apunta la posibilidad que todos los hombres tienen de optar por una vida equilibrada, haciendo constar al mismo tiempo la realidad del dolor y la inseguridad que atenaza continuamente al hombre.

El novelista, pues, no se identifica con su protagonista, aunque en su obra encontremos repetidamente la huella del pensador alemán. Pero junto a la opción por Schopenhauer, cuya dimensión patológica representa Aldama, aparece a lo largo de su novelística de manera muy nítida en la misma *Tristán o el pesimismo*, una opción por la vida y por el hombre, hecha de sencillez, de generosidad, de espíritu solidario. Opción que en esta obra encarna Reinoso, el hombre íntegro, de ética intachable, que trasciende el humanismo institucionista de la primera época valdesiana, y supera la angustia religiosa en que se debaten algunos personajes del 98, para enraizarse, lejos de posturas oficiales o institucionales, en el más puro espíritu cristiano.

En fin, pensamos que *Tristán o el pesimismo* significa, a la altura de comienzos de siglo, la incapacidad de un sector de la elite de orientación para organizar la convivencia española; a la par que sugiere, quizá, la capacidad de regeneración y de preparación para un nuevo futuro que el mundo rural puede deparar a una clase media cuyo apoliticismo y cuya exigencia ética no tienen nada que hacer ni nada que encontrar fuera de sí mismas, sino en contacto con lo natural. Reinoso

<sup>33</sup> M. BAQUERO GOYANES, «Estudio, notas y comentarios de texto», en *Tristán o el pesimismo*. Madrid, Narcea, 1971, espec., pp. 67-72.

<sup>34</sup> Cfr. P. BAROJA, *op. cit.*

tendrá que marginarse porque su ética no se mueve por las mismas normas que rigen la vida social; Elena, la mujer pequeño-burguesa, estará a punto de ser devorada por la moral corrompida de la gran burguesía y de la aristocracia; Clara, la mujer fuerte, identificada con la naturaleza, viva representación del pueblo sano, estará también a punto de perecer a manos del intelectual pesimista de fines de siglo que deshace con sus suspicacias la vida familiar<sup>35</sup>. La solución para todos estos personajes está en la huida, en el divorcio respecto a la clase dirigente, en la renuncia a la acción, en el desarrollo de la caridad y la solidaridad en el marco de una pequeña aldea, en contacto con las sanas virtudes de las clases populares. ¿Quiere Palacio Valdés sugerir con ello que la pequeña burguesía no tiene otra solución para lograr su supervivencia que la alianza o identificación con el mundo rural por lo que tiene éste de sencillo y sano?

En fin, si *Tristán o el pesimismo* significa, entre otras cosas, la incapacidad de determinados sectores de las elites de orientación del país, *La hija de Natalia* viene a denunciar la corrupción del sistema parlamentario y la imposibilidad de su regeneración mientras no cambie el talante de los hombres que lo integran. La ambición de poder, el miedo a perder el *status* conseguido, se convierte en el principio que guía la conducta de estos últimos por encima de cualquier norma ética. El saneamiento de la política aparece como imposible en los universos novelísticos de Palacio Valdés, porque en su obra, cuando accede al poder un hombre que no se deja seducir por las corruptelas del grupo, se le margina y se le incapacita ante los ojos de la opinión pública acusándole falsamente de malversación de fondos públicos y admisión de soborno. Es el caso de Sixto Moro, el profesional de clase media, abogado que denuncia la actitud tortuosa y poco clara del presidente del Consejo para la designación del presidente del Congreso<sup>36</sup>. La acusación implicará la caída de Moro, hombre inteligente e íntegro, y la permanencia del país en manos de los que se hallan más atentos a sus propios intereses que al buen funcionamiento de la nación y al bienestar de sus ciudadanos.

Palacio Valdés, en esta novela, parece negar la posibilidad apuntada por el regeneracionismo acerca de la reforma del sistema parlamentario, y se muestra pesimista en lo apuntado por Costa en 1902: «reno-

<sup>35</sup> A. PALACIO VALDÉS, *Tristán o el pesimismo*, op. cit., pp. 1392-1393.

<sup>36</sup> A. PALACIO VALDÉS, *La hija de Natalia*, en OC, op. cit., pp. 1688 y ss. Pensamos que tal vez la figura de Sixto Moro pueda estar inspirada en Segismundo Moret, excelente abogado y líder liberal con el que le unía una buena y antigua amistad. Fue precisamente Moret el que, durante los primeros años de la Restauración, intentó atraer a D. Armando al mundo de la política, animándole a conseguir un acta de diputado; el requerimiento fue, sin embargo, cortésmente rechazado por el novelista asturiano, que permaneció siempre apartado del mundo activo de la política.

var el personal de la política», «que se jubile la feudalidad reinante y se la sustituya por una generación de políticos no gastada ni fracasada» para hacer posible un «neoliberalismo inspirado por hombres nuevos». Es lógico, por otra parte, que en 1924, año en que don Armando escribe la obra, el escritor estuviese totalmente desengañado de las posibilidades que ofrecía la crítica regeneracionista de comienzos de siglo.

\* \* \*

Resulta, pues, evidente que el novelista asturiano considera totalmente imposible la alianza de la clase media con el estrato superior y con la elite política, en razón de una forma distinta de entender la vida así como de la distinta ética que profesan tanto a nivel público como a nivel privado. Queda, sin embargo, la posibilidad de un entendimiento de la clase media con las clases populares. ¿Ofrece la obra de Palacio Valdés algún punto de vista sobre esta posibilidad?

#### 7. IMPOSIBLE ALIANZA DE LAS CLASES MEDIAS: EL FRACASO DE UN PERSONAJE POSTREGENERACIONISTA, MARTÍN PÉREZ DE VARGAS

El problema de España se convierte en cuestión candente a comienzos del siglo xx; objeto de largo informe en el Ateneo madrileño (1901), constituye también el centro de la exposición de Joaquín Costa en 1902. Curiosamente, por estas mismas fechas, aparece una serie de novelas muy significativas desde este punto de vista, cuyos personajes se enraizan en el horizonte alumbrado por los regeneracionistas<sup>37</sup>. Los héroes de estas novelas realizan a menudo en los mundos literarios las aventuras soñadas por los propios escritores que les dieron vida, y resultan buenos exponentes de la contradicción en que se debate un gran sector de la pequeña burguesía, divorciada tanto del liberalismo conservador como del socialismo que propugna el mundo obrero. En fin, los protagonistas de estas novelas resultan a veces incoherentes y acaban en una postura apolítica e idealista.

En 1911, Palacio Valdés presenta en *Los años de juventud del doctor Angélico* un personaje claramente postregeneracionista: Martín Pérez de Vargas. Se encarna en él el pequeño burgués intelectual que ha logrado, debido a una serie de hechos fortuitos, el acceso al seno de la clase dirigente, consiguiendo de golpe el poder económico, el poder político y el poder social. Pero la nueva posición lejos de col-

<sup>37</sup> Recordemos a este respecto *La voluntad*, de AZORÍN; *Camino de perfección*, de BAROJA, y *Amor y pedagogía*, de UNAMUNO.

<sup>38</sup> A. PALACIO VALDÉS, *Años de juventud...*, *op. cit.*, p. 1625.

mar la ambición del personaje le produce una honda insatisfacción. En tal coyuntura, diversas lecturas le hacen caer en la cuenta del gran desequilibrio social existente y le incitan a dar un viraje a su vida que explica de la siguiente manera: «me sentí acometido de un amor infinito por los obreros y de un desprecio infinito por los ricos. Como consecuencia de esto comencé a despreciarme a mí mismo»<sup>38</sup>.

Pero su doble experiencia resultará totalmente negativa. Primero se integrará en la servidumbre de un cortijo andaluz; la vida será dura, no por el trabajo a realizar, sino por la mezquindad de sus compañeros. Se constatan una serie de defectos que radican en el pueblo: la falta de respeto hacia el semejante, el odio hacia la clase superior por el mero hecho de serlo, el tremendo egoísmo, la falta de responsabilidad en el trabajo, el pillaje... Fracasado en su empeño, buscará otro medio popular, esta vez de carácter proletario. Pero de la misma manera que entre los criados, entre los albañiles se hará evidente la tremenda falta de solidaridad y el recurso a la violencia y a la brutalidad como medio de relación, suplantando al razonamiento. Pérez de Vargas, herido y maltrecho, se reintegrará a su hogar y a la sociedad burguesa de la que procede.

El personaje, tras su aventura cerca del pueblo, constata la imposibilidad de una convivencia, de una alianza con él por parte de la pequeña burguesía<sup>39</sup>. Las masas, con sus defectos intrínsecos, resultan incapaces de gobernarse a sí mismas, el socialismo tampoco es posible. El héroe novelesco cree en la necesidad de una campaña de instrucción que abarque a todos los sectores de la sociedad, y a ello dedicará su esfuerzo. Pero no porque confíe en la instrucción como medio de elevar el nivel cultural y regenerar el país —«el que nace majadero morirá majadero, aunque los más hábiles maestros del mundo se conciernen para educarle»<sup>40</sup>—, sino porque piensa que éste es el único medio de encontrar un hombre superior, un hombre superdotado, un «hombre simbólico», capaz de conducir al pueblo. Pérez de Vargas llega tras sus escarceos socialistas a la conclusión maxweberiana sobre la primacía de las elites burocráticamente organizadas sobre cualquier otro movimiento espontáneo de la masa<sup>41</sup>. La concepción sociológica etilista de Pareto y de Mosca subyace, en fin, a esta visión conservadora que aboga por las minorías de una fracción del grupo pequeño burgués.

En suma, en Pérez de Vargas aparecen encarnadas las vacilaciones y las incoherencias de un sector de la pequeña burguesía inconformista

<sup>39</sup> Decimos pequeña burguesía —aunque de hecho el personaje se encuentre ya encuadrado en la élite— porque evidentemente el héroe novelesco conserva todavía los reflejos de su grupo de procedencia, la clase media.

<sup>40</sup> A. PALACIO VALDÉS, *Años de juventud...*, p. 1629.

<sup>41</sup> M. WEBER, *Economía y sociedad*. México, FCE, 1964, tomo I, pp. 178-180.

de comienzos de siglo, que terminará orientándose hacia posiciones autoritarias y dictatoriales. El novelista no se identifica con su personaje, pero se constituye una vez más en testigo de su tiempo y nos ofrece una de las direcciones adoptadas por una fracción de su grupo, por el grupo pequeño-burgués conservador que se politiza.

\* \* \*

La postura del sector de clases medias que optó por una alianza con el pueblo a comienzos del siglo xx, queda al margen de la novelística de Palacio Valdés. Este, siguiendo su tradicional apoliticismo, se refugia en una postura netamente eticista y en una apología de las virtudes de la clase media: postura que lleva a la inacción y a la pasividad a un sector social que debía haberse erigido en conductor y orientador. Un juicio totalmente negativo merece a Alfonso Ortí esta postura adoptada por los intelectuales, refiriéndose a los cuales afirma: «la lenta involución hacia un despectivo desentendimiento de la acción política real de la más significativa fracción de los noventayochistas, en los primeros años del nuevo siglo, simboliza la resolución ideológica de las contradicciones pequeño-burguesas en una reafirmación de la estructura emocional y del discurso político del regeneracionismo moral; [...] la pequeña burguesía forzada a elegir entre la subordinación al orden oligárquico de la Restauración o la renovación de una alianza —ahora menos igualitaria— con el movimiento obrero, opta por la protesta moral y la inhibición política»<sup>42</sup>. Dejamos para otra ocasión las precisiones que pudieran hacerse acerca de la actitud de Palacio Valdés hacia el socialismo, por el que puede afirmarse sintió una cierta simpatía, sin perjuicio de su persistencia en los esquemas ideológicos que quedan esbozados.

---

<sup>42</sup> A. ORTÍ BENLLOCH, *op. cit.*, pp. XCVII-XCVIII.